

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Leopoldo Lugones. — Nuevos Estudios Helénicos. — Babel. — Biblioteca Argentina de buenas ediciones literarias. — Madrid. — Buenos Aires.

Continuando en sus admirables exégesis y traducciones clásicas Leopoldo Lugones acaba de publicar en la Editorial Babel sus "Nuevos estudios helénicos", en los que figura una carta del eminente helenista don Luis Segalá y Estalella, alta autoridad europea en la materia y, hoy por hoy, tal vez, el más grande en España. Esa carta es un título de notoriedad indiscutible para Lugones.

Anteriormente el gran poeta argentino nos había regalado con sus estudios sobre "La funesta Helena", "Un paladín de la Iliada", "La Dama de la Odisea" y "Héctor el domador", además de sus interesantes trabajos sobre Prometeo, el Ejército de la Iliada, reveladores todos de su intensa cultura clásica y de su poder admirable de traductor.

Dice lugones en la Introducción de su libro que "la importancia de esta clase de letras en los países de formación histórica, como los europeos, es todavía mayor en los de formación económica como los americanos"... Suscribimos con entusiasmo lo que hay de programa en estas frases evidentes. No hay, seguramente, en ninguna literatura, un venero igual de espiritualidad humana como la que surge, como de una fuente vital, de la Literatura Griega. Aún más. Toda la contextura intelectual de Occidente, sector espiritual al que pertenecemos y cuya influencia en nuestra formación, aún a través de los más desorientadores tamicos, es indiscutible, está preñada del fecundo germen greco-latino. Y más todavía. Los géneros literarios, las formas que luego anquilosó la Retórica, viven con una espontaneidad, con un humanismo, con una gracia viril imponderable, en las obras maestras griegas. Ciertamente que durante muchísimo tiempo, y aún hoy no pocos adolecen de este defecto de visión, la Literatura Latina, reflejo de la griega, pudo interferir en algo en cuanto a la pura influencia helénica, a lo que contribuyó la exageración anti-pagana medioeval, ligeramente salvada, en una evasión gloriosa hacia el ayer, por el Renacimiento; pero, de todos modos, y muy especialmente en los últimos tiempos, gracias a los trabajos de investigación en las fuentes primitivas y puras, es un hecho que la influencia helénica gana en extensión y profundidad.

Y por lo mismo que en nuestros países americanos esta clase de estudios no tiene muchos cultores y va cada día descuidándose, con error e injusticia

notorios, la obra de un escritor tan rebelde e independiente como Lugones, adquiere relieves tanto más acusados, cuanto que no se trata de un espíritu académico, nutrido en ubres filológicas, sino seguramente de un hombre recio y cordial con el gran pasado, que ha sido autodidacta en este género tan olvidado en las líneas generales de la educación hispano-americana.

El libro nos ha provocado algo más que un simple comentario bibliográfico. Cada día que pasa, como se sabe, va ahondándose más en estas cuestiones. Del concepto romántico sobre el poeta primitivo, popular y hasta populachero, mero intuitivo genial, que recogió, como los pájaros cantan, la vieja leyenda troyana, al modernísimo del poeta o de los poetas sabios, hombres de corte, duchos en todas las artes de su tiempo, orfebres de la expresión hasta por la tendencia arcaizante que ya acusan, se ha recorrido un camino inmenso, en el que las aportaciones de la arqueología y de la filología han hecho prodigios. El descubrimiento de papyrus que nos presentan ya no sólo al Homero alejandrino de la artificiosa división en los veinticuatro cantos, correspondientes a las veinticuatro letras del alfabeto jónico, ha contribuido a acentuar la tesis de que los grandes poemas, más que comienzo y balbuceo, son cima de un gran proceso de arte y de cultura.

El carácter recitativo de los poemas en esa civilización helénica más propicia a la palabra hablada y viva, que a la palabra escrita y oculta en libros, resalta ya con caracteres decisivos hasta por el hecho irrefragable de aquellos papyrus, llenos de interlocuciones dramáticas, recientemente descubiertos. El espejismo producido por la civilización puramente latina, la dominadora influencia de Virgilio y el hecho de que los cultores del clasicismo antiguo bebieran en la fuente latina —linfa en tamiz— aparte del error de visión que nos produce el fenómeno intelectual del libro y de la biblioteca, que es creación alejandrina y no helénica pura, incidieron siempre para que se llegara hasta confundir el sentido real de la epopeya griega y se le juzgara a través de los doce libros de la Eneida.

Lo que había de vida neta, clara, abierta, fecunda en esos poemas fué, o mal interpretado por el engaño que sufrió uno de los padres de la crítica moderna homérica —el famoso Wolf— o, lo que es peor, completamente incomprendido. Se juzgó los poemas a través de las reglas retóricas, pero con tan poco cuidado y solicitud que hasta se olvidó que el propio Aristóteles, tan bien documentado siempre, había visto en Homero un precursor del drama y que Estrabón había reconocido que en el gran cantor había una fuente sabia de datos que podemos llamar sin exageración científicas, como después lo ha demostrado la crítica homérica más reciente, al comprobar, por ejemplo, la justeza de las descripciones geográficas de la Odisea.

Todo el viejo tinglado retórico que a través de las escuelas de Alejandría y de Pérgamo, pasando por Roma, se alzó como teatro para clasificar los géneros está en quiebra. Homero es, a una manera que nosotros no alcanzamos a percibir muy bien porque ignoramos exactamente la vida de las Cortes jónicas, autor dramático por excelencia, cantor para ser recitado, nunca para ser leído. Los poemas viajaron por las islas y el continente helénicos en labios de los aedas y de los rapsodas y, seguramente por ello, sufrieron interpolaciones, añadiduras, remiendos y desmedros, según fuera el rapsoda que los vertía o el auditorio que los escuchaba. Y, sin embargo de ello, ¡cuán llenos de vitalidad, apesar de los zurcidos y de los arreglos y de los acomodados artificiosos de los gramáticos posteriores, tan incomprensivos generalmente, están esos cantos en los que toda la vida, en su sentido local, nacional, y universal está volcada con una fuerza extraordinaria!

Es obra moderna la de interpretar a Homero en su justo valor, muy por

encima del que pudieron asignarle otras generaciones que, sin embargo, harto lo admiraron. El drama épico —el *epos* no era lo que los cantores cívicos de otros tipos de civilización hicieron, acercándose más al lírico Píndaro que al realmente épico Homero— el cuento, la novela, la aventura y hasta la caballería, como apunta admirablemente Lugones, están en esos dos grandes poemas que se presentan en el pórtico de la Civilización occidental a la que pertenecemos, como dos puntales aureos y recios.

Y por ello, porque hoy se les siente más plenos de verdadera vida que en el ayer; porque se les admira no como una expresión de adorno y regalo del espíritu humano en la mañana luminosa del despertar helénico; porque se les tiene y cifra como revelación profundamente humana de vida verdadera y de conducción ejemplarizadora, —dentro de la genial impersonalidad que los caracteriza,— los dos poemas están arrancando una serie de nuevas cuestiones y atrayendo a todo espíritu que quiera preciarse de humano y de culto a la vez.

En la obra de Lugones la interpretación de los héroes homéricos tiene un aspecto original y muy digno de ser estudiado: el espíritu caballeresco, tal como se le ha querido ver en la Edad Media. La aguda observación lugoniana es sumamente valiosa e interesante no sólo por lo que pueda tener de postura personal ante el problema homérico, sino porque ratifica otras observaciones que sobre la estructura misma de los poemas y la apreciación de la época se han hecho por los más profundos helenistas. Para no pocos homerizantes puede ya casi afirmarse lo que decíamos al principio sobre el carácter culminante de estos poemas, reveladores de una civilización aurea y feudal como dice Víctor Berard. Todo lo que la arqueología ha encontrado en los últimos tiempos en el Egeo, la revelación de una cultura antehomérica, plena de exquisiteces como la revelada en Creta y las islas Egeas, la tendencia arcaicante del poema tan bien vista por Finsler, hace pensar a no pocos, como a Romagnoli, por ejemplo y al propio Berard, en una especie de medio-évo helénico que tiende su sombra entre esos grandes poemas y el nacimiento, ya con carácter estético, de esa otra vena maravillosa de la eclosión griega que es el lirismo, también visto muchas veces a través del espejismo libresco y de la tendencia subjetivista moderna.

Consonando con Lugones en esta apreciación, que podríamos llamar de escenario y de tiempo, hay en los trabajos admirables de Víctor Berard una constatación realmente extraordinaria sobre el carácter, trovadoresco diremos, de los aedas antiguos, poetas de Reyes y magnates, cantores de Corte, muy semejantes aunque más finos, aunque parezca paradoja, a los trovadores de la Edad Media. Quien lea cuidadosamente la *Odisea*, por ejemplo, encontrará aparte de alguna abultada tosquedad, nunca frecuente, que se puede afirmar es interpolada, tan pulida cortesanía, tan gracil señorío, tan urbana medida en todo, que asombra y desorienta, en verdad, cómo pudo suponerse, durante tanto tiempo, un carácter de ingenuidad primitiva, de infantilismo popular, de vena gruesa en la inspiración de eso que los griegos llamaron el *asteísmo*, y que rezuma, como fina esencia, ese poema. Y no sólo en la *Odisea*, poesía de paz y de ciudad, sino en la *Iliada*, canto punitivo, de campo abierto, alienta y palpita una vida cortés, caballeresca, como dice muy bien Lugones.

A la interpretación meramente literaria que se dió a Homero, haciéndole pasar por un tamiz retórico que no le correspondía, a las afanas tendencias de buscarle al poema sólo un carácter simbólico, que llegó a lo grotesco en ese grupo de los mitómanos geográficos que quisieron comparar a los héroes homéricos con accidentes geográficos o estilizaciones astronómicas; ha sucedido con acierto evidente la interpretación típicamente humana — lejos

de todo retoricismo, se podría decir mejor humanista con que la vieron seguramente los propios griegos.

Lugones hace, especialmente, una interpretación caballescaca de la epopeya aquilina. Cree, y tiene razón, que los héroes homéricos son prototipos del caballero tal como lo vió la Edad Media. El desfacimiento de entuerros—eso es para él toda la guerra de Troya—, el duelo singular, el combate judicial, el sentido de la equidad, los anota y los utiliza como puntales de su opinión, dominante en todos sus estudios, de que la epopeya homérica, a través de la latina influyó en la formación de la Europa cristiana. Tal vez hay más coincidencia histórica, por semejanzas de situación, que propósitos de imitación greco-latina en ese momento del medio-evo que crea el ideal caballescaco. Es cierto que, por ejemplo, en las Cruzadas, el mundo occidental se vuelca sobre el Oriente y penetra, precisamente, en ese mundo del Asia Menor a donde miles de años atrás fueron los héroes occidentales de la epopeya homérica. Ideal distinto, pero el hecho no deja de tener su semejanza. El caballero cruzado cayó en el Asia Menor como lo había hecho el conductor de carros aqueo. No cabría —y ésto no es objeción sino simple observación— pensar, tal vez, en que bastara el filtro de la Eneida para que la espiritualidad occidental caballescaca se modelara a la semejanza de los Aquiles y de los Diómedes. Si hay un hecho que parece evidente es el de la desorientación no sólo de la Edad Media, sino aún del Renacimiento mismo en cuanto al ideal helénico. La comprensión de lo griego alborca apenas en algunos renacentistas y es más bien una obra que se incuba en el siglo XVII, para tener sus mejores exponentes de estudio, aunque todavía no de recta interpretación, a fines del siglo XVIII, preparando la formidable eclosión del conocimiento del mundo griego en su verdadero sentido en el siglo XIX y que hoy tan vivazmente continúa.

Pero lo valioso, lo importante no es, en nuestro concepto, el hecho de que hubiera o no influencia homérica en el Medio-evo; lo agudo de la observación lugoniana está en haber encontrado, más ceteramente que otros, la semejanza caballescaca, confirmando así por otros caminos de adivinación estética, además de conocimiento y penetración del tema, lo que se afanan en sostener los que se apuntalan en la Filología, en la Arqueología y en la crítica de la vieja Retórica.

No se ha limitado Lugones en su labor hexenista a interpretar y a estudiar, sino que ha hecho obra de re-creación al traducir maravillosamente, en verdadero poeta, y hexámetro por hexámetro, los principales cantos de la Iliada. Dice muy bien Segalá que esas traducciones son lo mejor que acerca de Homero se ha publicado en lengua castellana. Esto dicho por quien no sólo es autoridad indiscutible, sino insigne traductor de Homero, es algo más que un simple elogio.

Lugones ha traducido a Homero, repetimos, hexámetro por hexámetro y ha tenido el tino admirable, buen conocedor como es de la métrica griega y de sus profundas diferencias de tono y de melodía con la castellana, de hacerlo en metro alejandrino, el único entre los que tenemos que se acerca a la dicción épica, dactílica, de los poemas homéricos. Meticuloso en su traducción, la explica y justifica, muy especialmente en cuanto a la versión de esos adjetivos y epítetos tan ricos en el griego que en un solo cuerpo expresivo abarcan matices tan variados.

El arte en la traducción lugoniana es ajustado y fino. Para que la correspondencia fuera perfecta bastaría solamente que no hubiese cortado al verso, a la moderna, en muchos pasajes en que se anuncia que alguno de los personajes de la Iliada va a hablar. En esto Lugones luchando, como tiene que

haber luchado, por la justeza de la expresión y la aproximación rítmica, ha caído en el espejismo inevitable del lector moderno, del hombre de biblioteca y del poeta sabio en el trovar que corta el verso, a la manera latina. El griego de Homero nunca hizo tal. Y se explica que cada expresión de alguno de los héroes comenzara y terminara con un verso, por el carácter recitativo de los poemas. Ya la Eneida es una excepción. Pertenece a una cultura distinta. Es una obra para ser leída. En ella cabe la ruptura del verso para anunciar que alguno va a hablar. En la poesía típicamente homérica tal forma no existía, no podía existir. Ciertamente Lugones traduce para gentes que leen y en ese sentido el corte que da al verso contribuye, seguramente, a su mayor fluidez. Pero si hubiera querido hacer una traducción verso a verso, hexámetro por hexámetro, y dar con ella la impresión exacta de lo que fué la dicción épica, recitativa, digna de una especie de *suite* teatral, como califica, por ejemplo, Berard, a la Odisea, hubiera tenido que traducir sin que jamás el verso se cortara para esos anuncios que a nosotros nos parecen monótonos pero que para el mundo antiguo no lo fueron.

Es muy interesante y trascendente que un poeta como Lugones haya estudiado tan severamente, tan concienzudamente a Homero, no para un simple regalo intelectual, sino para penetrar la esencia civilizadora que hay en el inmenso poeta de todos los tiempos y de todas las latitudes. En el tráfico de la cultura hispano americana, en que hay tan pocas contribuciones de estudios serios en esta clase de letras, siendo como son tan necesarios, por lo desinteresados y nobles, la obra del gran escritor argentino tiene un mérito extraordinario. La intensa preocupación actualista y la inquietud social que hoy viven una hora tan exigente, relieves aún más esta nobilísima labor. Homero debe ser siempre, en todo momento, cualquiera que sea la ideología de los que quieran ser cultos, un maestro esencial. La luminosidad, la humanidad, la vitalidad de su obra no son sólo sonoridad bélica o resplandor fantástico; son vida, ejemplo, fuente y muestra de un arte humano, universal. Repitamos con Lugones. Es necesario vincular a estos pueblos con la civilización estética, que fué la del paganismo, "porque los contrapesa la excesiva materialidad inherente a su afán de lucro; proponiéndoles como ideal el desinterés de la belleza y del heroísmo".

J. G.

RUBEN M. CAMPOS. — EL FOLKLORE LITERARIO DE MEXICO. — Talleres Gráficos de la Nación. — México. D. F., 1929. — (Publicaciones de la Secretaría de Instrucción Pública).

Continuando en su intensa labor difusora de cultura y de nacionalismo, la Secretaría de Instrucción Pública acaba de publicar un libro, realmente interesantísimo, sobre el *folklore* literario mexicano. Nunca será bien alabada esta labor que ojalá encuentre imitadores en toda América. El libro, profusamente ilustrado contiene, en ordenada investigación de la producción literaria popular, (1525-1595) una copiosa recolección de adivinanzas, anécdotas, canciones, coloquios, corridos, cuentos, epigramas, fábulas, glosas, juegos infantiles, leyendas, loas, mitos, narraciones, ocurrencias, pasquines, pastorales, preeces, proclamas, sátiras, sucedidos, tradiciones, versos callejeros, villancicos; y es en suma una muestra de lo que podría hacerse en otros países americanos, muy especialmente el nuestro donde la vena es riquísima al respecto.